

## CAPITULO XVIII

### La venganza de Vanderbilt

Si bien la situación de Walker seguía siendo crítica, las perspectivas que para mediados de diciembre de 1856 tenía a la vista eran mejores que las de cualquier otro tiempo desde el comienzo de la guerra con la coalición centroamericana. Los aliados habían logrado retener Masaya a un costo pavoroso sin haber podido impedir la destrucción de Granada ni de inflingir a los incendiarios el castigo que hubieran querido; y en los combates habían sufrido pérdidas casi siempre tres veces mayores que la de los filibusteros. Estaban faltos de líder, despedazados por las disensiones, fustigados por la peste. Cañas y sus costarricenses quedaron tan amilanados después de su encuentro el 11 de noviembre en la carretera del Tránsito, que de ahí a pocos días permitieron el desembarco de ochenta reclutas americanos en San Juan del Sur, los que siendo apenas la décima parte de las fuerzas que Cañas les pudo haber lanzado, llegaron sin tropiezo hasta La Virgen. Las tropas aliadas estaban ya a punto de desintegrarse cuando una nueva potencia apareció en su ayuda.

Por meses y meses Vanderbilt había estado en comunicación con los presidentes de las repúblicas centroamericanas instándoles a unirse contra el enemigo común. (1). Ahora que todos los gobiernos habían salido en campaña y que tenían a los filibusteros en aprietos, vio llegada la hora de su venganza. En el otoño envió a San José a dos agentes suyos, un inglés llamado William Robert C. Webster y un americano apellidado Spencer, a indicar al gobierno de Cos-

(1) *Historia de Nicaragua*, Págs. 630 - 1, por José Dolores Gámez.

ta Rica la manera de asestar el tiro de gracia al filibusterismo. Spencer y Webster llegaron a la capital el 28 de noviembre, y en el acto se abocaron en secreto con el Presidente Mora. Tanto entusiasmó a éste el plan propuesto que les prometió la cooperación de sus tropas. Vanderbilt sabía que la llave del poder de Walker estaba en un Tránsito abierto, y que si por cualquier medio los costarricenses lograban apoderarse de los vaporcitos del Río San Juan, los filibusteros no podrían recibir refuerzos ni pertrechos de los puertos estadounidenses del Atlántico; y no pudiendo los pasajeros cruzar el istmo de uno a otro mar, los vapores oceánicos tendrían que ser retirados, y entonces tampoco podría llegarles a los filibusteros más socorros de California. Las enfermedades, el hambre y los aliados eran igualmente elementos con los que podría contarse para ver la rápida ruina de Walker; y más todavía, con el bloqueo de la navegación por el río, Vanderbilt no sólo se vengaría de él, sino que se daría el gusto de ver salir de Nicaragua a Morgan y a Garrison, suplantadores suyos en el negocio marítimo. Y también esperaba que luego, en agradecimiento por haberle ayudado a exterminar a los invasores, el gobierno de Nicaragua le otorgaría una nueva concesión de la ruta del Tránsito, lo que significaría para él un triunfo a la redonda. Sentíase, en fin, tan seguro del éxito de su plan, que el día de Navidad publicó en los diarios neoyorquinos un aviso haciendo saber a los accionistas de la vieja compañía que "Las apariencias presagian la realización de mis esperanzas respecto de que pronto la Compañía recuperará sus derechos, concesión, y bienes en el istmo de Nicaragua, tan injustamente invadida". (1).

Los detalles del plan de tomarse los vapores se dejaron enteramente a cargo de Spencer, quien por haber sido maquinista de uno de los vapores del Tránsito, conocía personalmente a los tripulantes y también todos los meandros, bajíos y raudales del río. Nadie mejor que él para realizar

(1) *Herald*. de Nueva York, 25 de diciembre de 1856.

a perfección el plan. Mora, sin revelárselo a nadie, pidió voluntarios para una expedición al Río Sarapiquí. Los jefes escogidos fueron todos extranjeros: el Capitán Cauty, oficial inglés ascendido posteriormente a Coronel; el Coronel Barillier, zuavo francés, y el raso de apellido Spencer, audaz delincuente americano.

El Río San Juan tiene dos robustos tributarios que lo nutren por el Sur; el Sarapiquí que hace su maridaje con él en La Trinidad, a unas treinta millas de San Juan del Norte; y el San Carlos, veintisiete millas arriba del Sarapiquí. Mora, con el objeto de despistar, dio orden al ejército expedicionario de salir con destino al Sarapiquí, pero cuando la vanguardia de ciento veinte hombres se encaminaba allá, sus oficiales recibieron contraorden de dirigirse al Río San Carlos. Llegados allí el 16 de diciembre los hombres se embarcaron en balsas y canoas hasta ganar el San Juan, en cuya ribera vivaquearon la noche del 22, dos millas arriba de La Trinidad. En este último lugar había un retén de filibusteros encargado de resguardar el río e impedir que los costarricenses bajaran por el Sarapiquí. Jamás soñaron que nadie bajando por el San Juan los atacara; estaban pues desprevenidos. Un destacamento de costarricenses salió a picarle la retaguardia al enemigo, para lo cual subieron un vigía a un árbol muy alto desde donde podía espiar sus movimientos. Otro destacamento se les acercó de frente, y a una señal ambos les cayeron encima a la hora de comer matando a unos y capturando a los demás. Los filibusteros no habían colocado centinelas, y tenían a cierta distancia sus rifles en pabellón, de los cuales sólo cuatro pudieron tomar a la hora de los balazos; de los cuatro únicamente dos fueron disparados. (1).

El día anterior, al zarpar uno de los vapores de río a San Juan del Norte con algunos oficiales filibusteros a bordo, varios de los pasajeros vieron unas balsas extrañas en la boca del Río San Carlos, pero no hicieron caso y siguieron su ca-

(1) Nótese que la toma de La Trinidad y el bloqueo efectivo del río tuvieron efecto el propio día que de Nueva York salía el **Tennessee** con provisiones y reclutas.

mino inocentes del peligro cercano. Entre esos oficiales iban Lockridge y Rogers. El primero volvía a Estados Unidos a seguir reclutando gente para Walker, mientras que Rogers, en función de confiscador general, viajaba a San Juan del Norte con el fin de incautarse de la imprenta llevada allí por Kinney. El incendio de Granada había destruido casi por completo el equipo tipográfico de **El Nicaragüense**. De haber los oficiales inquirido sobre las balsas extrañas, hubieran puesto sobreaviso al destacamento de La Trinidad, el plan de Spencer habría fracasado y la historia de Nicaragua pudo haber sido muy otra.

Tomada la Trinidad, Spencer dejó el puesto guarnecido con cuarenta hombres y se llevó a sus prisioneros a San Juan del Norte, a donde llegó a las dos de la madrugada apoderándose de cuatro vapores del río antes de amanecer. La mayor parte de capitanes y tripulantes, después de oír halagadoras propuestas de Spencer, aceptaron seguir trabajando. Enarbolóse en los vaporcitos la bandera costarricense y remontaron el Río San Juan. En la bahía no había ningún barco de guerra americano al cual el agente de Morgan y Garrison pudiera pedir protección de la propiedad americana. El nuevo agente comercial de Estados Unidos, Mr. Cottrell, recurrió al comandante de la poderosa escuadra inglesa anclada ese día en la bahía, pero el marino rehusó intervenir basándose en que la propiedad se la disputaban dos partes interesadas, el agente de una de las cuales autorizaba la presa, de modo que él, dijo, no podía formarse juicio respecto a los méritos de la controversia.

Entre tanto, el General José Joaquín Mora, hermano del presidente, y comandante en jefe del ejército costarricense, había seguido a Spencer con una fuerza considerable hasta el Río San Carlos, avanzando con suma dificultad, pues la ruta era sólo un trillo con trechos de montaña tan cerrada a veces que los hombres sólo podían abrirse paso a punta de

machete. El trillo cruzaba una región deshabitada y demasiado escabrosa para las bestias, de manera que las provisiones de guerra y de boca hubieron de ser transportadas a hombros de la gente, en cuya tarea se emplearon seiscientos hombres. Mora llegó al embarcadero con ochocientos soldados, todos bien armados de rifles Minié y suficientes municiones suministradas por Vanderbilt. En su viaje de regreso agua arriba del San Juan, Spencer se detuvo en la boca del San Carlos y envió uno de los vapores del río a recoger al General Mora y su gente. Al acercarse el vaporcito al embarcadero, un piquete de costarricenses que estaban apostados en una balsa, se asustaron tanto al ver el extraño artefacto que se lanzaron al agua y se ahogaron. Mora tomó el mando de la tropa y remontó el San Juan hasta El Castillo, donde capturó otros dos vapores del río. Allí tomó Spencer el vaporcito utilizado para pasar el raudal de El Toro, y siguiendo río arriba encontró al vapor **La Virgen** anclado a treinta millas del lago en espera de Rogers que andaba en San Juan del Norte. Ocultando a sus soldados llevó su barchito hasta el costado del vapor del lago sin despertar la más mínima sospecha, y fácilmente se apoderó de él. Su próximo objetivo era el puerto y fortaleza de San Carlos que domina el punto en que el lago desagua en el río. Al acercarse allí Spencer hizo las señas indicadoras de que no había novedad, las mismas que se cruzaban entre fortaleza y barcos y que en muchos meses no habían sido alteradas. El comandante del lugar, Capitán Kruger, tomó al punto un botecito, y toda la guarnición de la fortaleza bajó a la ribera. El arribo de un vapor era todo un suceso en la vida monótona de esos hombres. Ocultáronse de nuevo los costarricenses del vapor **La Virgen**, y al atracar el botecito a su costado preguntó Kruger a Spencer si Rogers venía a bordo. Le respondió que sí y subió confiadamente al vapor donde en el acto fue hecho prisionero. Kruger era el único oficial de la fortaleza, de suerte que con su captura quedaba la plaza al mando de un sargento. Spencer obligó entonces a Kruger, bajo amenaza de muerte, a firmar una orden al sargento de entregar la plaza al oficial inglés, Capitán Cauty. Así fue co-

mo fortaleza y puerto de San Carlos cayeron en poder de los costarricenses sin disparar un solo tiro. (1).

El río San Juan, desde el lago hasta su desembocadura en el mar, pasó al dominio de los aliados, pero a Walker le quedaba todavía el **San Carlos**, el más grande y veloz de los vapores, con el cual señoreaba sin disputa el lago. Spencer consideró riesgoso aventurarse en esas aguas mientras el **San Carlos** estuviese en poder de los filibusteros; siendo tal la situación se volvió diez millas río abajo en **La Virgen** a esperar la llegada de aquel vapor. Y no tuvo que aguardar muchos días. El 2 de enero de 1857 arribó a San Juan del Sur el vapor de San Francisco con su cuota habitual de pasajeros para los puertos estadounidenses del Atlántico. Se le condujo por el camino del Tránsito a la bahía de La Virgen en donde tomaron el **San Carlos**. El vapor cruzó el lago, y al aproximarse al puerto de su nombre la gente de Cauty le hizo las señas de que no había ninguna novedad. Sin sospechar nada el vapor entró en el río. Y cayó en la trampa. Frente a sí tenía a un barco del río mandado por Spencer y lleno de costarricenses armados, y no podía volver al lago sin tener que pasar bajo el fuego de los cañones de la fortaleza del puerto. Spencer le intimó la rendición. Su capitán, un danés llamado Erickson, quería correrse el albur de desafiar los cañones y regresar a La Virgen, seguro de que la artillería costarricense no le haría daño al barco; pero un yerno de Charles Morgan, apellidado Harris, que por casualidad viajaba en el vapor, prohibió el intento. El **San Carlos** se entregó y sus pasajeros fueron enviados a San Juan del Norte en uno de los vaporcitos del río. Allí encontraron a los pasajeros y reclutas recién llegados de Nueva York en el **James Alger** y de Nueva Orleans en el **Texas**. Los que iban a puertos estadounidenses del Atlántico fueron embarcados en el **James Alger**, y los que se dirigían a California, que eran unos doscientos, siguieron a Panamá por cuenta de Harris;

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 187, 195, 198; Times, de Nueva York, 9 de marzo de 1857; Harper's Weekly, Vol. 1., Pág. 312; Dublin Review, XLIII, Págs. 382 - 3.

de allí pasaron a su punto de destino. Enviarlos a San Francisco costó a Morgan más de \$ 25.000 dólares, más los gastos de operación de los barcos.

El General Mora, reforzado con la llegada de los trescientos hombres de su retaguardia, se embarcó con todos ellos, salvo los que dejó de guarnición en los retenes del río, en los dos vapores del lago y se apoderó del puertecito de La Virgen. Estaba ya en fácil comunicación con los aliados de Masaya, mientras que Walker quedaba completamente desconectado del Caribe y de Estados Unidos. El plan de Spencer había sido un éxito rotundo. Su amo de Wall Street no tenía más que sentarse a saborear la agonía de los filibusteros y regocijarse con el pandemónium que tal suceso causaría entre las compañías navieras rivales. Por cuenta suya hizo remitir desde San José diez mil dólares para que pagaran a la oficialidad y tripulación de los vapores capturados y asegurasen su lealtad a la nueva bandera y a sus nuevos amos. Del General Mora salió un efusivo parte sin reconocerle ningún mérito al artífice de la victoria: "El venero que daba vida a la simple renaciente hidra del filibusterismo, está cortado. La espada de Costa Rica lo cortó". (1). Pero no fue la espada de Mora sino el oro de Vanderbilt y la osadía de Spencer los que realizaron la proeza.

El verdadero héroe de la campaña del San Juan se merece algo más que una simple nota. Sus asociados y adver-

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 177. **Memorias**, de Pérez, Parte 2, Pág. 177. Hay una interesante anécdota publicada primeramente veinte años después de haber ocurrido los acontecimientos narrados, y, por lo tanto, de dudosa autenticidad; ella aparece en una nota de la **Historia de Nicaragua**, por Gámez, Pág. 669. Según eso, Vanderbilt dio una cena en el restaurante Delmonico a varios prominentes hispanoamericanos, y cuando vio a sus invitados brincar de alegría por los muchos brindis, les anunció su propósito de acabar con los filibusteros. Al preguntársele cómo lo haría, hizo llamar a Spencer. "¿Crea usted fácil", le preguntó el comodoro, "tomar los vapores que William Walker tiene a su servicio?". "No lo creo difícil", respondió Spencer. "¿Puede y quiere usted acometer esa empresa?". "Estoy a su disposición". En medio del más profundo silencio de todos los comensales que miraban con asombro a aquellos dos hombres, sacó el comodoro de su bolsillo un cheque de veinte mil dólares que entregó a Spencer, como premio anticipado de la audaz empresa que iba a acometer, y que sería la destrucción de William Walker.

sarios le conocían por su apellido únicamente, y sólo después de muchas averiguaciones se supo que su nombre completo era Sylvanus H. Spencer. De su pasado hablaba poco, pero, según parece, después de su hazaña en el río gustaba de jactarse de haber sido hasta recientemente un simple jornalero. (1). Como razón principal de estar entonces en contra de Walker daba la de que habiendo heredado un considerable número de acciones de la vieja Compañía del Tránsito, al disolverla y abolirla Walker le había robado su propiedad, la cual trataba ahora de recuperar. Y tan pronto como realizó su operación se regresó a Nueva York, donde tenía su hogar. Por el maltrato que daba a los soldados costarricenses éstos se alegraron de verse libres de él. El General Mora, a poco de haber llegado a San Carlos, escribió a su hermano el Presidente aconsejándole no dar a Spencer ningún cargo militar, pues que no sabía nada de táctica ni tampoco cómo tratar a los soldados, pero que sí podía "ocuparlo en pedir a la casa de Vanderbilt que nos ayude con su influencia y materiales de guerra". (2). Recientemente un escritor costarricense ha tratado de achicar la obra de Spencer poniéndolo como simple guía de la tropa, mientras que toda la gloria de la campaña del San Juan se la atribuye a sus propios compatriotas. (3). Sin embargo, los historiadores centroamericanos que trataron este tema antes no le regatearon al americano sus laureles.

Con el río y el lago en poder de Costa Rica, llegaron a San Juan del Norte para Walker tres partidas de reclutas que no encontraron en el puerto barcos para trasladarse al interior. El primer vapor en llegar fue el **Texas** con el contingente de Nueva Orleans mencionado ya. Cuando este vapor entró en la bahía allí estaba Spencer con uno de los vaporcitos

- (1) Según James Jeffrey Roche, Spencer era hijo de John Canfield Spencer, ex-Secretario de Guerra, y por lo tanto hermano del único oficial de la marina de guerra americano ahorcado por motín a bordo. *Byways of War*, Pág. 171.
- (2) *Harper's Weekly*, I., Págs. 71 y 199; *Times*, de Nueva York, 30 de marzo de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 210.
- (3) El señor Manuel Carazo Peralta, en la introducción del libro que tradujo de Roche (San José, 1908) dice que el único americano que tomó parte en la campaña fue Spencer, "que hacía oficios de guía".

del río y tropa costarricense. Los reclutas iban ocultos bajo cubierta, con rifles listos para apoderarse del vaporcito de Spencer en la noche. Pero el plan lo frustró el Capitán Cockburn del barco de guerra inglés **Cossack**, quien subió a bordo del **Texas** para manifestar que aun cuando él era neutral en la cuestión que sobre el Tránsito discutían dos bandos americanos, no permitiría derramamiento de sangre ni destrucción de la propiedad en aguas del protectorado británico. A todo esto Spencer, habiéndose alertado, se llevó su barquito a un bajío del río hasta donde no podrían seguirlo los filibusteros. (1).

Entre los detenidos en San Juan del Norte a causa de las actividades de Spencer hallábanse muchos de los mejores oficiales de Walker. El Coronel Frank P. Anderson, uno de "aquellos cincuenta y seis primeros", venía de regreso terminada su licencia para ir a Estados Unidos a curarse de una herida en el brazo. Estando en su casa de Brooklyn sus admiradores le obsequiaron un banquete y una espada. En el mismo barco venía Charles W. Doubleday, quien cuando Walker llegó a Nicaragua ya estaba allí y se incorporó a la Falanje. Su conocimiento del país y de la gente había sido de gran utilidad a Walker, pero después pidió su baja por una discrepancia con él; ahora, al ver a su antiguo jefe en dificultades, volvía resuelto a meterle el hombro otra vez. Venía también con ellos el General Robert Chatham Wheat, uno de los que desembarcaron con López en Cuba donde fue hecho prisionero, y luego encarcelado durante varios meses en España. Más tarde participó en una revolución en México; allí obtuvo el grado de general de brigada y fue nombrado gobernador militar de Veracruz. Con James, el hermano de Walker, estuvo en el colegio de Nashville, y el deseo de estar con sus paisanos le hizo renunciar a su puesto en México para irse a Nicaragua. Nunca pudo unirse a Walker, pero vivió lo suficiente para pelear en la guerra civil americana con rango de coronel de los "Tigres de Luisiana". El

(1) **Patriots and Filibusters**, Págs. 183'-6, por Oliphant.

Coronel George B. Hall, hijo de un ex-alcalde de Brooklyn, veterano de la guerra méxico-americana, y comisario general de Walker, era otro de los oficiales detenidos; volvía de su casa de recuperar su salud quebrantada por las fiebres. Y otro más todavía era el Capitán J. Egbert Farnum, domiciliado antes en Pensilvania, veterano también de la guerra méxico-americana y de las fuerzas de López. Allí estaban asimismo Hornsby, Norvell Walker, y Rogers, varias veces mencionados en estas páginas. Spencer, como se habrá visto, privó a Walker no sólo de sus vapores sino también de los servicios de algunos de sus más capacitados oficiales.

Extraña que estos oficiales cedieran el mando de los reclutas varados en San Juan del Norte a Lockridge, a quien si se le había dado grado de general, lo era sólo en el ramo de reclutamiento, y nunca había prestado servicio activo. Sin embargo, parece que como todavía se consideraba a los reclutas en tránsito y no inscritos aún como militares al servicio de Walker, a Lockridge correspondía el mando de ellos. Esta opinión la impuso Harris, agente y yerno de Charles Morgan, quien quería a todo trance recobrar el control de las propiedades del Tránsito y pretendía además ser amo y señor de la situación allí. Los oficiales con más rango que Lockridge se avinieron a servir bajo su mando, y se acuarteló a los hombres en Punta de Castilla, al otro lado del puerto de San Juan del Norte. Se les puso inmediatamente a reparar el viejo y abandonado vaporcito del río **Rescue** que Spencer no había creído valía la pena de llevarse; pero no pudieron trabajar sin la intromisión británica. Mientras estuvieron los reclutas en San Juan del Norte los marinos ingleses los asediaron continuamente tratando de hacerles ver los horrores que les esperaban si persistían en su intento de proseguir al interior del país. Y una mañana de enero el Capitán Cockburn llegó donde ellos en un bote repleto de marinos a ordenar a Lockridge que formara su tropa; le explicó su propósito de llevarse a los súbditos británicos que deseaban ponerse bajo su protección. Con los cañones del **Cossack** apuntando en esos instantes hacia Punta de Castilla, a

Lockridge no le quedó más remedio que agachar la cabeza. Formada la tropa, hízoles Cockburn la propuesta y cierto número de ellos dieron un paso al frente, aunque muchos de esos seudobritánicos tenían un sospechoso acento alemán en vez de la típica entonación irlandesa o londinense, que era la que se esperaba oír. El incorregible Wheat, desde un bote cercano, reventó en improperios contra John Bull y su derecho a intervenir. Terminó retando a duelo a Cockburn, (1).

Mas pese a esas deserciones la tropa de Punta de Castilla siguió más o menos intacta, y tal vez hasta mejor por la defección de los pusilánimes. El 4 de febrero arribó otra vez el **Texas** con el largamente esperado Titus y unos ciento ochenta de sus "matones de la frontera". Todos los hombres tenían buenas y bastantes armas y municiones, y al fin el *destartalado barquito* estuvo listo para remontar el río. El haber hecho jefe a Lockridge fue un error. Era un hombre alto, flaco, y de hombros caídos, prototipo de los desaharrapados montañeses de Kentucky que de lo que menos tenía era de soldado; nunca supo hacerse querer ni pudo jamás imponerse a sus subalternos ni tampoco reprimir los altercados y triviales celos entre sus oficiales. Los filibusteros desalojaron de La Trinidad a los costarricenses causándoles numerosas bajas. El éxito de esta operación se debió a Doubleday, Anderson y Wheat. Su próxima meta era El Castillo, y para atacarlo Lockridge designó a la compañía de Kansas, compuesta de mocetones robustos pero indisciplinados. Titus, inflado de orgullo por la notoriedad que le habían dado los periódicos de Kansas, se negó a servir bajo el mando de ningún oficial y salió solo en el vaporcito con sus desorganizados partidarios, mientras los hombres fogueados se quedaban atrás. Cauty era el comandante de El Castillo, histórica fortaleza de la época colonial emplazada en la cumbre de un cerro que domina el río. En el siglo XVIII la atacó y tomó el entonces Teniente de Navío Horacio Nelson, (2) más

(1) **Reminiscenses**, Págs. 178 - 81, por Doubleday; libro de recortes de Wheeler, Vol. 1.  
(2) La ocupación de El Castillo por Nelson duró de abril a noviembre de 1780. (N. del T.).

tarde héroe de Trafalgar. Al acercarse Titus a la fortaleza, Cauty se apresuró a poner a salvo los cuatro vapores que tenía amarrados abajo del raudal. Dos de ellos fueron con todo éxito sacados de allí, y a los otros dos que no pudieron ser llevados se les pegó fuego destruyéndolos. Cauty, que sólo tenía treinta hombres en la fortaleza y una exigua cantidad de municiones, tan pronto vio que llegaba Titus abandonó la batería emplazada en la plataforma a nivel del río. El filibustero se apoderó de ella y también del vapor **Scott** que Cauty había incendiado después de haberlo hecho pasar el raudal. Los filibusteros apagaron las llamas y lo dejaron a la deriva para que se alejara del alcance de los cañones de la loma de El Castillo. Cauty pegó en seguida fuego al último de sus vapores cuyas amarras soltó para que se arrimase al **Scott**; los filibusteros, no obstante eso, lo abordaron y lo ataron a la ribera, pero no pudieron impedir que se incendiara. Titus, teniendo ya al inglés a merced suya, le intimó la rendición. Cauty le respondió que sólo se rendiría con órdenes de su jefe el comandante de la fortaleza de San Carlos, y pidió veinticuatro horas de tregua para esperar la orden. Titus, que no sabía nada de guerra ni de estratagemas, accedió. Cauty ya había mandado a pedir refuerzos, los que llegaron antes de expirar la tregua. Titus no esperó siquiera a cerciorarse del número de hombres que llegaba; corrió por la ribera hasta sus vapores y se reembarcó apresuradamente río abajo. Los costarricenses perdieron sus cuatro vapores del río, pero El Castillo quedó mejor guarnecido. Los filibusteros acamparon en la isla de San Carlos, varias millas abajo de El Castillo, en donde levantaron una empalizada para defenderse de los costarricenses y unas cuantas casuchas para guarecerse, pues llevaban ya semanas de vivir bajo copiosas lluvias y entre ciénagas tropicales. Las fiebres causaban estragos; la disciplina brillaba por su ausencia y el espíritu de los hombres andaba a ras del suelo. El regreso de Titus después de su fiasco de El Castillo aumentó el abatimiento; las deserciones cooperaban con las fiebres en arralar las filas. Fue tan criticado Titus que renunció al mando que tenía y dijo que iría

a juntarse a Walker por vía de Panamá. De Texas y Luisiana llegaron a mediados de marzo ciento treinta reclutas, haciendo ya un total de cuatrocientos. Componían el contingente de Luisiana extranjeros en su mayor parte enganchados en Nueva Orleans, lo que no se tenía como una buena adquisición, pero los tejanos, que se autotitulaban "Los Batidores del Alamo", procedían de San Antonio y constituían una excelente tropa. Venía al mando de Marcellus French, quien dejó a la posteridad un relato de sus experiencias. (1).

Con este refuerzo Lockridge resolvió tantear de nuevo a tomarse El Castillo, y para allá se embarcó con sus hombres. Llegados al punto se encontraron con que los costarricenses, desde la intentona de Titus, habían hecho de la posición una fortaleza casi inexpugnable. Las inmediaciones y las faldas del cerro habían sido despejadas de toda maleza, y hasta habían levantado en torno una empalizada de troncos de árboles. Wheat, Hornsby, y Doubleday opinaron que todo intento de asalto fracasaría. No les quedaba más que volverse a San Juan del Norte; y sin disparar un tiro dejaron El Castillo en manos de los costarricenses. De regreso hicieron alto en el raudal, y allí Lockridge convocó en la cubierta superior del **Scott** a todos sus hombres para decirles que desde ese momento quedaba licenciada la tropa, y que lo dicho atañía por igual a oficiales y soldados, quedando así todos en el mismo pie de igualdad. En seguida pidió voluntarios que quisieran hacer un esfuerzo para ir a juntarse a Walker a cualquier costo y riesgo, ya fuese por la vía de Panamá o subiendo el Sarapiquí y por ese rumbo abrirse camino a través de Costa Rica hasta llegar a San Juan del Sur. Unos seis oficiales y cien rasos se le ofrecieron; los demás se embarcaron en el **Rescue**, el cual llevaba ya doscientos enfermos, y partieron a San Juan del Norte. Viendo al **Rescue** alejarse río abajo con el agua hasta la borda, lleno de enfermos y desilusionados, Hornsby exclamó: "¡Llevo ya veinte años de ser soldado, y ésta es, créanmelo, la escena más triste que

(1) Ver **Overland Monthly**, N. S., XX., Págs. 517 - 23.

jamás he visto!". El **Scott** iba detrás, y al llegar a La Trinidad ambos vapores pararon para enviar un piquete de reconocimiento a ver si los costarricenses habían vuelto a ocupar el lugar en ausencia de Lockridge. Para esa operación bajó la mayoría de los hombres del **Scott**, y fue gran suerte que así fuera, ya que a poco rato estalló su caldera matando a varios e hiriendo gravemente a Anderson, Marcellus French, y Doubleday entre otros. Hornsby, Wheat, y Norvell el hermano de Walker, salieron ilesos. Llevóse a los lesionados a un lanchón que el **Scott** traía a remolque, y a los que pudieron acomodarse en el **Rescue**, junto con los enfermos que ya llevaba, se les condujo a toda prisa a San Juan del Norte. Muy descorazonados se sintieron al saber que sólo dos horas antes el **Tennessee** había zarpado hacia Colón. Los médicos de la escuadra inglesa atendieron a las víctimas, y puesto que el **Tennessee** volvería a tocar San Juan del Norte de regreso a Nueva York, Lockridge corrió a traer el resto de su gente para reembarcarlos con destino a Estados Unidos. Morgan había ordenado al capitán del barco recoger en San Juan del Norte a los filibusteros que quisieran regresar. Ya todos, después de la explosión del **Scott**, habían perdido la esperanza de incorporarse a Walker. Cuando el **Rescue** volvía al puerto vieron sus hombres alejarse al **Tennessee** dejándolos a la buena de Dios. Pocos momentos antes se soñaban encontrar allí un hermoso vapor esperándolos para devolverlos a la civilización y a sus hogares. ¡Cuán tristes veían ahora al barco perderse de vista! No llegaría otro en todo un mes. Al capitán del **Tennessee** le habían rogado llevarse a todos los americanos, pero sólo se fueron cincuenta, pues traía órdenes de ir a Cayo Hueso a embarcar un destacamento de tropas estadounidenses de guarnición allí.

En su campamento de Punta de Castilla esa pobre gente sufrió lo indecible. San Juan del Norte era un poblacho sumamente pequeño para encontrar allí que comer, y ni los enfermos ni los quemados, aun teniendo con qué pagar, hallaban donde alojarse. Los sanjuaneros se vieron obligados a

pedir protección a los barcos de guerra británicos contra los desmanes de algunos filibusteros ya casi enloquecidos, y a tal grado llegaron las cosas que fue forzoso poner guardias a fin de impedir que entraran en el pueblo sin permiso de las autoridades. Esto no obstante, debe dejarse constancia de que algunas familias porteñas llevaron a sus casas a oficiales quemados en la explosión del **Scott**, y los curaron sin deseos ni esperanzas de recibir compensación. (1). Muchos de los hombres murieron a causa de pasarse días y días a la intemperie, sin asistencia médica y sin que comer. Y para colmo de males Cauty se apareció un día con soldados costarricenses en el único vaporcito del río que les quedaba, los amedrentados filibusteros creyeron que les había llegado su último día. Pero no, la escuadra británica mandó colocar una hilera de botes entre el vapor de Cauty y Punta de Castilla, y atracó además el **Rescue** al costado de uno de sus barcos de guerra, reiterando de esa manera su decisión de no permitir que en el puerto de San Juan del Norte estallaran hostilidades ni se destruyera propiedad alguna. Luego el Capitán inglés Cockburn convocó a una conferencia a Cauty y a J. N. Scott, agente éste de Morgan y Garrison, y les anunció su intención de llevarse a los hombres. Pidió a Scott que librara contra Morgan una letra de cambio por el costo de los pasajes, a lo que el agente, no sin refunfuñar, accedió. Como garantía de la libranza pidióse a los filibusteros la entrega de sus armas y del vaporcito **Rescue**; en seguida pasaron los 375 que eran ellos a bordo del **Cossack** y fueron llevados a Colón. Allí trató Cockburn de conseguirles pasaje en un vapor de Estados Unidos, pero tropezó con dificultades. En primer lugar, el agente rehusó aceptar la libranza de Scott contra Morgan; en vista de ello Cockburn ofreció hacerse responsable por la cantidad de doscientos pasajes a razón de veinte dólares cada uno y recaudar el resto del dinero mediante la venta de las armas dadas a él en garantía. Pero surgió otro obstáculo: entre los filibusteros había brotado el

(1) Entre las buenas samaritanas mencionaremos a Miss Roberts, neoyorquina, quien curó de las quemaduras a French y al Teniente Sistere, de Luisiana. Doubleday fue asistido por una familia alemana de buen corazón.

sarampión y el capitán del vapor se negó a tomarlos a bordo. Las autoridades municipales, por añadidura, prohibieron el desembarco de los hombres manifestando que no querían verse invadido por gente de esa calaña, y cerraron las puertas del hospital a los enfermos. Y no solamente eso, se les negó también sepultura en tierra; sólo el mar parecía dispuesto a recibir sus cuerpos ulcerosos plagados de gusanos y de piojos. Al fin pudieron ser transportados a Nueva Orleans a bordo del barco de guerra inglés **Tartar**. (1).

Puesto que era imposible ya recuperar el Tránsito, Morgan y Garrison vieron que el retiro de sus vapores oceánicos era inevitable. Ni reclusas ni pertrechos podían llegarle más a Walker por la vía de San Juan del Norte, y tampoco podían llevarse pasajeros de Nueva York a California a través de Nicaragua. No le quedaba otra cosa a la compañía naviera que paralizar sus barcos y abandonar a Walker a su propia suerte. Así se hizo en abril de 1857. El fin, pues, era cuestión de días. El hombre de Vanderbilt había hecho lo que no pudieron hacer los gobiernos aliados de la América Central. Fueron capitalistas americanos los que impusieron el régimen filibustero en Nicaragua, y fue también un capitalista americano quien lo derrocó.

Digno de mencionarse es que uno de los oficiales de Walker tuviera el suficiente coraje para ir a reunirse con su antiguo jefe a despecho del bloqueo del río y del lago. Este fue Rogers, el "confiscador general". En vez de seguir a Lockridge se fue a Colón, se cruzó a Panamá, y al no encontrar allí vapor para San Juan del Sur, contrató una lancha y dos marineros simulando querer ir a las Islas de las Perlas, cincuenta millas mar afuera, pero en verdad con el propósito de dirigirse a San Juan del Sur, quinientas millas más allá. Ningún marinero se hubiera atrevido a hacer semejante travesía, de ahí que Rogers tuviera que recurrir a ese ardid.

(1) Manuscritos, Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II., Pág. 27 y siguientes; el *Delta*, de Nueva Orleans, 28 de abril de 1857; *Tribune*, de Nueva York, 7 de mayo de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 221.

Después de cargar la embarcación con bastimentos para varios días de navegación, se hicieron a la vela, y estando ya a cierta distancia de la costa, Rogers encañonó a los marineros con un par de revólveres obligándolos a tomar otro derrotero, en busca de Walker. Y durante días y días permaneció frente a los hombres armas en mano, sin atreverse a dormir un solo instante, hasta que los forzados tripulantes le llevaron sano y salvo a su punto de destino: San Juan del Sur. Rogers tenía agallas de filibustero de verdad. Añádase que era irlandés. Podemos condenar la conducta indómita de tales hombres, pero debemos admitir que, por lo menos, la raza que los dio a luz no era degenerada. Roja era la sangre que corría por sus venas. (1).

---

(1) **Patriots and Filibusters**, Págs. 226 - 7, por Oliphant. Este escritor inglés venía en el mismo barco que Rogers y llegó con él hasta Panamá; allí Rogers lo invitó a correr la misma aventura. Ver el **Times**, de Nueva York, 9 de marzo de 1857.